

reira, Villanueva, y otros sus semejantes, contra el Papa; y en pocas palabras, el triunfo de los principios y de la razon sobre sus paralogismos y sofismas, y el de la caridad y religion sobre sus impías calumnias y furiosas invectivas contra la Santa Sede!

## NOTAS BIOGRAFICAS

y

DOCUMENTOS.

## OBJETO

DE LAS SIGUIENTES NOTAS.

---

Importa mucho que los lectores conozcan cuales han sido los principales personajes que, ó con las armas del poder, ó con las del sofisma y maledicencia, han atacado, del siglo pasado acá, á la Santa Sede, han invadido ó aconsejado invadir la autoridad sagrada de la Iglesia, han intentado arrancarla de su centro, dividirla y anarquizarla, han procurado en fin, bajo el título especioso de reformas, destruir por su cimiento la obra de Jesucristo. Observar el carácter de cada uno de ellos, ver el espíritu y motivos que los animaban, los planes insidiosos que han trazado, los medios irregulares de que se han valido, la conducta pérfida ó violenta que para llevar al cabo su empresa han seguido, y los funestos efectos que con todo esto han causado en la Iglesia y la sociedad, es una prueba tomada de la historia, no ménos eficaz y perentoria que la de los principios y doctrina que acabamos de presentar en este Ensayo, para convencer á todo el mundo que semejantes hombres no han escrito ni obrado con la razon y la verdad, ni por el bien y utilidad de la Iglesia que pretextaban ó fingian, sino movidos del instinto de sus desordenadas pasiones: unos, de la soberbia, del odio, del resentimiento ó de la rivalidad con los Papas; otros, del impotente deseo de avasallar todo, y sujetar aun las cosas sagradas á su arbitrio y antojo; otros, por atraer á sí los provechos

temporales que envidiaban á la Santa Sede; otros, por espíritu de adulacion á las cortes seculares y sus ministros, y negociar de esta suerte su fortuna; otros, principalmente los genios vanos y superficiales, por el prurito de singularizarse, de innovarlo todo, ó hacer alarde de erudicion; otros, naturalmente díscolos, inquietos y atrabiliarios, cuyo juicio es absintio, segun la expresion de la Escritura, y cuyo corazon es todo hiel, por un secreto sentimiento de ira y mala voluntad contra la primera autoridad de la Iglesia, que quisieran ver derrocada; otros, como los nuevos seudofilósofos, por que no pueden llevar en paciencia las instituciones de una religion que desprecian ó aborrecen, especialmente aquellas que la dan orden y dignidad, y que exigen de los otros sujecion y dependencia; no pocos, por vengarse de la autoridad que ha condenado sus privadas y muy queridas opiniones, aunque absurdas y pestilentes, en cuya clase, sin dejar de participar de la malignidad de las otras, entran los jansenistas, aborrecedores y perseguidores natos del jefe de la Iglesia, é infatigables promovedores de la rebelion contra este, de la dislocacion del poder eclesiástico, y en suma de la anarquía. De todo esto será informado el que atenta é imparcialmente leyere las notas biográficas siguientes.

## I.

## PEREIRA.

Antonio Pereira de Figueiredo nació en Macao en 1725, y murió en Lisboa en 1797. Este famoso Portugués, aunque jansenista por principios, y uno de los mas ardientes antagonistas de los jesuitas, á quienes debia su educacion, parece que mas por el deseo de hacer suerte en la corte de Lisboa, que por el influjo de su secta, empezó á extraviarse hasta llegar á ser un enemigo declarado de la silla apostólica. Cuando se suscitaron las diferencias entre las cortes de Roma y de Portugal, parece que al principio se habia pronunciado en favor de la Santa Sede; lo que le atrajo la desgracia del rey José I, y de su ministro el marques de Pombal. Mas muy poco despues varió de lenguaje y opinion para merecer los favores de la corte, á cuyo fin publicó y defendió las famosas tesis del poder de los reyes sobre las personas y bienes eclesiásticos; y á renglon seguido dió á luz su *Ensayo ó tentativa teológica* para mover á los obispos de su pais á menospreciar é infringir las reservaciones apostólicas. Estas dos obras le valieron el empleo de diputado ordinario en el tribunal real de la censura, creado en 1768, y al año siguiente el de intérprete en el despacho de negocios extranjeros y de la guerra.

Soltó desde entónces el hábito de la congregacion del Oratorio, de que era miembro, y apareció en la escena del mundo como un hombre vendido á la corte y á la ambicion del marques de Pombal; y sin duda que este ministro no pudo haber escogido un hombre mas aparente para llevar adelante sus planes atrevidos de cisma y rebelion contra la Santa Sede, y de destruccion de la potestad eclesiástica bajo el nombre simulado de reforma, bien sea que se considere en Pereira el abuso de las luces y talentos que poseia, la actividad y arrogancia de su carácter, ó su tenaz empeño en desarrollar las venenosas doctrinas de la secta en que se habia nutrido, en odio y menosprecio de la silla apostólica.

Por estos medios Pereira llegó á lograr un gran favor en la corte de Portugal, altamente comprometida entónces á sostener su caprichosa ruptura con la de Roma. Él fué nombrado uno de los tres primeros diputados de la junta de subsidio literario y de instruccion pública, en 1772, y poco despues, miembro de la academia real de ciencias, en la clase de literatura portuguesa. Por su parte, no se descuidaba de merecer y aumentar cada dia mas este favor por los elogios mas pomposos que prodigaba, tanto al rey como á su ministro, omnipotente entónces en Portugal. Quien quiera ver hasta donde pudo llegar la adulacion baja y servil de Pereira, la hallará en su *Paralelo de Augusto César y de D. José, rey magnánimo de Portugal*, que dió á luz en Lisboa año de 1775, y en sus *Piezas, ó Votos de la nacion portuguesa al ángel de la guarda del marques de Pombal*, que publicó en el mismo año. (Véase. *Biograf. univers.* tom. XIV, artículo *Figueiredo*.)

El título solo de estas dos obras nos está diciendo lo que debia esperarse en las demas de este teólogo cortesano, y cual fué el espíritu que le movió á escribir, entre otras, la que intituló : *Demostracion teológica, canó-*

*nica é histórica del derecho de los metropolitanos de Portugal para confirmar y mandar consagrar los obispos sufragáneos*, de que nos hemos ocupado en la segunda Seccion de nuestro Ensayo. En el compromiso de adular á su Mecenas el ministro Pombal decidido á llevar adelante su ruptura con el Papa y á destruir en Portugal la autoridad de la Iglesia, fué preciso que Pereira, con achaque de restablecer allí la de los obispos, acabase con la del Papa, á fin de erigir sobre la ruina de esta la del rey ó de su ministro, que es el blanco adonde vienen á parar todos sus esfuerzos, tanto en esta obra como en su *Tentativa teológica*. Para conseguirlo en ambas, no perdonó medio alguno, por insidioso y atrevido que fuese: amontonó sofismas, desfiguró la historia, truncó textos ó los interpretó á su antojo, valiósé á cada paso de cautelas y dolosas reticencias, presentó los objetos por el aspecto ménos cierto y mas disforme, porque así le hacia cuenta; citó y copió indistintamente escritores heterodoxos, cismáticos, exaltados contra la silla de Roma ó sus declarados enemigos; recogió sin crítica ni discernimiento, y ántes por el contrario con la mas refinada malicia, todos los cuentos, calumnias, dieterios é infundadas quejas que se han escrito en los últimos siglos contra los Papas; á los Padres, en los concilios ó fuera de ellos, les presta un tono ó un aire en sus dichos y sentencias, de ira, de indignacion, de rivalidad, y de agria censura contra el jefe de la Iglesia, que jamas tuvieron, y que solo en su propio corazon pudo hallar Pereira; tuerce el sentido de las palabras de san Bernardo y de otros varones doctos y piadosos, que, llenos de la mas pura caridad, y muy distantes del espíritu de cisma y rebelion que por todas partes exhalan las obras del teólogo portugués, lloraban los males de la Iglesia; alega hechos como leyes, atentados como pruebas de derecho, ejemplos

que alguna vez pudieron excusar circunstancias extraordinarias que calla, como principios ó fundamentos sobre que deba arreglarse el curso ordinario de los negocios; en una palabra, en obsequio de su Mecenas, es decir, del hombre mas violento, despótico y cruel perseguidor de la Iglesia y de sus ministros, agitó Pereira todas las artes del dolo y del engaño!

Y ¿cuál fué el motivo de la escandalosa ruptura de aquel con Roma? No pudo ser mas injusto, ni esta acompañarse de mas horribles atentados, que apoyaba Pereira con sus escritos. Poco despues de la expulsion de los jesuitas de Portugal, que en 1759 decretó el ministro Pombal, valiéndose de mil intrigas, perfidias y calumnias, solo por saciar su inveterado y gratuito odio contra la compañía, despidió de la corte al nuncio cardenal Acciaiuoli, y rompió enteramente con el papa Clemente XIII, sin otra causa que haber su santidad expedido un breve en enero de dicho año aprobando y confirmando el instituto de los jesuitas, lo que se figuró ser un insulto á su majestad fidelísima. Y en los muchos años que, por culpa únicamente de la corte de Portugal, duró esta desventurada ruptura, Pombal no se ocupó sino de atacar la autoridad pontificia, valiéndose de las pestilenciales doctrinas de los Giannonis, de los Fra Paolos, de los Febronios, etc., de que hacia casi su única lectura, y de que igualmente se aprovechaba su favorito Pereira para sostener las ideas de Pombal contra Roma, y para enflaquecer en Portugal la adhesion á la Santa Sede y á la fe. Y para adelantar mas y mas en la carrera de la impiedad, que siempre comienza por la separacion de Roma, único centro de la unidad católica, el ministro promovió la introduccion de las obras impías de Voltaire, Rousseau, Diderot, etc., que él mismo cuidaba de hacer traducir y propagar, sin que Pereira que, por sus principios an-

ticatólicos habia merecido ser miembro del tribunal de censura de libros, se hubiese jamas opuesto á su propagacion; y por el contrario concurrió eficazmente con su inicua censura al atentado atroz cometido por el ministro Pombal contra la sagrada persona del señor de Ell'Anunciata, obispo de Coimbra, á quien sepultó y retuvo en los calabozos de la Junquera por nueve años hasta la muerte del rey y su merecida caída, porque, lleno de un santo zelo, habia dicho prelado dado un mandamiento prohibiendo en su diócesis la lectura de tan perniciosos libros. (*Memorias para la historia eclesiástica del siglo xviii*, tom. III, año de 1768.)

Tal fué el escritor portugués, cuya obra titulada *Demonstracion*, etc., de que últimamente hablamos, se trató de hacer valer en esta capital, donde traducida al castellano se reimprimió y publicó en el año de 1833 por cierta clase de hombres, con el fin depravado de contagiar con sus doctrinas anticatólicas al pueblo peruano, y precipitarlo en el abismo del cisma, induciéndole á que se procurase obispos sin el consentimiento y autorizacion de la cabeza de la Iglesia, á usanza de la desventurada iglesia de Utrecht. Igual proyecto tuvo en España el año de 1799, á la muerte de Pio VI, el ministro Urquijo, acalorado prosélito del jansenismo y filosofismo, cuando, para asegurar el éxito del extravagante decreto de 5 de septiembre del mismo año, que dió á nombre del imbécil Carlos IV, en que derribaba de un tajo la jurisdiccion pontificia en España, quiso forzar al consejo de Castilla á que aprobase la obra de Pereira, y prestase su consentimiento para su publicacion en Madrid. Mas el consejo le opuso una resistencia varonil, frustrando sus intentos. Puede ser que algun dia demos á luz los sabios dictámenes del consejo sobre el carácter de dicha obra, para que se acabe de conocer todo el veneno que en ella se encierra.

Entre tanto, desengañense los autores de la edicion limeña de Pereira, que con esta maniobra nada mas han avanzado que descubrir la llaga que ulcera su corazon contra la cabeza de la Iglesia, fundamento de la unidad católica, ni adelantarán mas en adelante : *Ultra non proficiunt*. El buen sentido de los Peruanos, y su arraigado catolicismo ha bastado por sí solo para burlarse de sus tentativas, y relegar al olvido y menosprecio la obra reimpressa de Pereira. Tenemos ya un arzobispo dado á esta iglesia metropolitana por el pontífice de Roma, madre de todas las iglesias reunidas á la cátedra de san Pedro, y las otras de la república recibirán pronto de las mismas manos sus legítimos pastores.

## II.

## KAUNITZ.

Venceslao, príncipe de Kaunitz Rietberg, ministro del emperador José II, nació en 1710, y acabó su carrera en 1794. Sus errores políticos, de que hablan las memorias de aquel tiempo, no mancharon tanto su reputacion como su encarnizado odio á la Santa Sede, y su obstinado empeño en casi destruir la autoridad eclesiástica en los países del imperio adonde alcanzaba su influencia y su poder. Él fué universalmente acusado de ser el instigador de las funestas innovaciones que el emperador José II tentó operar en el régimen eclesiástico de los estados hereditarios, y particularmente de los Países Bajos. En la *Historia civil, política y religiosa de Pio VI*, se asegura que este orgulloso ministro, no solo se mostró mas rígido é inflexible que su soberano en desoir las justas reclamaciones que contra dichas innovaciones hizo el Papa en su viaje á Viena, sino que tambien se negó á tributar al sumo pontífice los respetos exteriores que exigia su dignidad; de lo que se citan allí ejemplos harto chocantes y escandalosos.

Para saber todo el mal que por su fatal influjo en el ánimo del emperador hizo este ministro á la Iglesia, se hace necesario tocar, aunque brevemente, la irregularidad, extravagancia y trascendencia de los atentados

que puso en obra José II. Parece desde luego que este príncipe ardiente y singular necesitaba poco para prestarse á los impíos consejos de su ministro, pues se dice que fué educado desde su juventud en máximas y principios poco favorables á la Iglesia y á la Santa Sede. Con el tiempo se hizo tambien un entusiasta admirador é imitador del impío rey de Prusia, llamado Federico el Grande; y se ha creído por algunos que en las varias conferencias que tuvo con este corifeo de la moderna incredulidad, habia recibido las primeras ideas de las reformas, mas filosóficas que juiciosas, y siempre incompetentes, que luego despues emprendió hacer en las iglesias de sus estados. Pero el viejo monarca de quien recibió el contagio, mas sabio á lo ménos y retenido que el jóven y fogoso emperador, respetando los derechos de la sociedad, evitaba en la práctica lo que le inspiraba su irreligiosa filosofía. Así escribia á d'Alembert (carta CCXXVI): « El emperador continua sus innovaciones sin interrupcion; en nuestro reino, cada uno queda siendo lo que él es; y yo respeto el derecho de posesion, sobre que está fundada la sociedad. »

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que, bajo la direccion de su ministro Kaunitz, el emperador José dió en sus estados, una tras otra, leyes que mudaban toda la disciplina y trastornaban todo lo que estaba establecido en las iglesias. Suprimió muchos conventos, prohibió el recurso á Roma, mandó cesar las ordenaciones, y fatigó al clero por reglamentos multiplicados sobre las fiestas, procesiones, ceremonias, y sobre todas las cosas en fin que nada ménos son que del resorte de la autoridad civil. Tan notable se hizo por estas ridículas y extravagantes ordenanzas, en que descendia á los menores detalles de las cosas sagradas, que su amigo el rey Federico le llamaba por eso « mi hermano el sacristan. » La precipitacion con que seguia este plan de reformas re-

pelido por la opinion pública, y el rigor que usaba para llevarlas á ejecucion, aumentaron el descontento de sus vasallos.

Justamente alarmado de semejantes mutaciones que operaba cada dia el emperador en el régimen eclesiástico, el papa Pio VI tomó la resolucion de ir en persona á esclarecer al monarca austriaco sobre el peligro de estas innovaciones rápidas y violentas. José le recibió con todos los miramientos debidos á su alto rango y á sus cualidades personales; y el sumo pontífice pareció satisfecho de sus promesas, mas todas quedaron sin efecto. Apénas habia partido Pio VI de Viena, cuando el emperador, alentado siempre por las ideas anticatólicas de su ministro Kaunitz, volvió á continuar sus proyectos. Hizo por sí solo una nueva circunscripcion de los obispados de sus estados, mandó que se quitasen las imágenes de las iglesias, suprimió los impedimentos dirimentes del matrimonio, permitió el divorcio, y trató severamente á cuantos se oponian á estas innovaciones.

A fines de 1783, fué á Roma, no, como podria creerse, para entenderse con el Papa, pues al contrario queria romper enteramente con la Santa Sede, é hizo de esto una formal proposicion al caballero Azara, ministro de España, segun nos lo asegura Bourgoing en sus *Memoorias históricas y filosóficas sobre Pio VI y su pontificado*. Azara, aunque filósofo á la moda, combatió este proyecto, y calmó un poco la animosidad del príncipe. Mas apénas duró esta disposicion; pues José fué quien provocó el congreso de Ems, y excitó á los obispos de Alemania contra la autoridad del Papa. Tomó á pecho mudar la enseñanza teológica en los Países Bajos; y la ereccion de un seminario general en Lovaina para realizar esta idea, le ocupó muchos años. Esta medida era repelida por la opinion general en estas provincias, mas por lo

mismo se obstinaba en mantenerla : lo que fué origen de las mas grandes turbulencias.

Este príncipe activo y laborioso, que pudo por estas buenas cualidades hacer la felicidad de sus pueblos, no atinó con los medios de procurársela, desde que, seducido y animado por su ministro Kaunitz, se desvió de los sentimientos de la religion católica, que habia heredado de sus padres. Él esclavizó la Iglesia, emprendió una reforma que no era de su competencia, y mucho ménos por los medios bruscos é inconsiderados que adoptó; disminuyó el respeto debido á las leyes, por la multiplicidad y extravagancia de las suyas, enajenó el corazon de sus vasallos, contrariando sus aficiones y desdeñándose de oír sus quejas, echó en fin en sus estados semillas de turbulencias y de irreligion.

No tardó el cielo, como nunca deja de suceder, en castigar sus atentados contra la libertad y autoridad de la Iglesia. El mal éxito de su primera campaña en la guerra contra los Turcos, la insurreccion de los Países Bajos provocada por sus imprudentes y obstinadas reformas eclesiásticas, y el mal tratamiento y horrible persecucion que, desde que estalló la revolucion francesa, sufrió su hermana querida la reina María Antonieta, le pusieron en la última consternacion. Humillado entónces por la mano poderosa del Dios vengador de los ultrajes hechos á su Iglesia, este príncipe que hasta allí parecia haberse hecho un estudio secreto de inquietar y menospreciar al sumo pontífice, se le vió de repente implorar la asistencia de este para reducir á sus vasallos rebeldes á entrar de nuevo en su deber. Mas ya fué tarde, y la mano del Señor quedó levantada sobre su cabeza. Pio VI, olvidando sus agravios y los de la Iglesia, dirigió en efecto un breve muy expresivo á los obispos de los Países Bajos; mas los progresos de la rebelion no permitieron á estos hacerse oír de sus súbditos. Así, en

la mas profunda afliccion, aumentada por la muerte casi súbita en la flor de su edad de la princesa Isabel de Wurtemberg, mujer de su hermano el archiduque Francisco, á quien amaba tiernamente, expiró en 20 de febrero de 1790. Tales fueron al cabo los funestos efectos que ocasionó á este príncipe desgraciado la pésima direccion de un ministro cual fué Kaunitz, enemigo declarado de la Iglesia, de su jefe y autoridad. (Véase la *Biografía universal*, tom. XXII, artículos *José II* y *Kaunitz*.)